

---

---

# 4 El rostro de Cristo en los hijos de Dios

*“Tú eres mi hijo,  
yo te he engendrado hoy” (Sal 2,7)*

---

## Objetivo

*Caer en la cuenta de que por nuestro bautismo somos portadores de Cristo, con quien debemos continuamente intentar configurarnos.*

## Introducción

Los hombres venimos a este mundo dentro de una familia, en la que recibimos nuestra primera educación y el cariño para poder desarrollar nuestra personalidad y nuestra madurez en cuanto personas. Para el perfecto crecimiento físico y psíquico del ser humano es necesaria esta pertenencia a un ámbito familiar. Con la familia heredamos también una forma concreta de entender el mundo y la sociedad. Se viven unas tradiciones concretas propias del lugar de nacimiento y de las raíces en las que uno ha nacido. Nos sentimos deudores de nuestros antepasados que con mejor o peor fortuna nos han dado lo que somos y tenemos. De nuestros padres recibimos también el nombre y los apellidos que nos identifican con ellos y nos introducen en la sociedad, enraizados en lo que nuestra familia ha sido hasta ese momento. Es ese árbol genealógico lo que nos hace ser

reconocibles ante los demás.

Nuestra condición de cristianos tiene un proceso similar al que se acaba de describir: con el sacramento del Bautismo somos introducidos en la familia de Dios, que nos hace ser hijos suyos y deja grabado en nuestra persona el rostro de Cristo, sacerdote, profeta y rey. No son simples palabras consoladoras que se dicen para animar al hombre al seguimiento del Señor. Son palabras reveladas por Dios que manifiestan lo que el hombre es, lo que el cristiano ha recibido sin mérito propio, tan solo por la infinita misericordia de Dios. Juan, el discípulo que tanto amaba Jesús, no deja de recordárselo a aquellos a quienes dirige sus escritos: “mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1Jn 3,1); “a todos los que la recibieron (la Palabra de la verdad) les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Jn 1,12).

La filiación divina es un don. Un regalo de Dios absolutamente inmerecido por nuestra parte. Es algo que supera no ya las posibilidades del hombre para poder alcanzarlo, sino también la simple idea de llegar a serlo. Dios supera al hombre de modo infinito, y no cabría en el ser humano ni siquiera el deseo de ser hijo suyo. Antes que nada, la iniciativa es de Dios, que lleno de misericordia sale a nuestro encuentro. A nuestro Señor, los judíos le echaban en cara el haberse proclamado hijo del Altísimo, lo cual solo podía ser una blasfemia para la mentalidad de aquellos hombres. Además “llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios” (Jn 5,18). Él sabe mejor que nadie lo que es ser hijo de Dios y nos enseña a llamar a Dios “Padre”, y no como una concesión que nos ayude

a amarle, sino porque Él nos ha hecho realmente hijos de Dios, su Encarnación nos ha introducido en la economía de la Salvación como miembros de la gran familia de Dios. “Por una admirable condescendencia, el Hijo de Dios, el Único según la naturaleza, se ha hecho hijo del hombre, para que nosotros, que somos hijos del hombre por naturaleza, nos hagamos hijos de Dios por gracia” (san Agustín, *La ciudad de Dios*). La razón por la que Dios busca al hombre es el amor que siente por él y su deseo de darle la dignidad de hijo adoptivo (cf. TMA 7).

Por el Bautismo tiene lugar el nacimiento a una vida nueva que antes no existía. Ha surgido una nueva criatura, por lo cual el recién bautizado se llama y es realmente “hijo de Dios”. San Pedro nos dice que los cristianos “somos partícipes de la naturaleza divina” (2Pe 1,4), palabras que significan algo más que una analogía, más que una semejanza o un parentesco. El cristiano entra en el mundo de Dios. Ese nuevo nacimiento, del que Jesús habló a Nicodemo, nos hace ser hombres nuevos: “ya no eres esclavo sino hijo: y si hijo, también heredero” (Gál 4,7). Esta verdad íntima de la filiación divina explica que Cristo, Hijo de Dios por naturaleza, sea la medida y la regla de vida de los bautizados. La imitación del Verbo encarnado no se limita a lo externo, sino a permitir que nuestro ser íntimo se vaya configurando con el del Señor: “Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Fil 2,5).

El militante de Acción Católica, consciente de esta verdad, tiene que aprender a vivir según el querer de Cristo. Toda la vida del hombre de Dios ha de buscar la identificación más perfecta con Jesús. Dice un viejo principio filosófico *operari sequitur esse* (el obrar sigue

al ser). Nuestra naturaleza, nuestro ser de hijos de Dios, debe configurar todo nuestro actuar y pensar. Nuestro trabajo profesional o estudio, nuestras diversiones, nuestra vida de familia, nuestro descanso, no pueden desdecir de nuestra condición de hijos de Dios, porque lo somos siempre y en todo.

Esta filiación que nos introduce en la familia divina, conlleva una forma nueva de entender la vida. Deben verse las cosas con una visión distinta, con la visión con la que el Señor las ve. Del corazón del hijo de Dios nace una profunda confianza en Dios que no puede defraudarle ni abandonarle. Esa confianza da una íntima alegría que no es fruto de tener todas las necesidades cubiertas, sino de la amistad íntima con quien me ha prometido la herencia de los hijos: la Vida eterna.

## **Partiendo de la vida (ver)**

1. ¿Hay algún momento en mi vida en el que haya tenido una experiencia más íntima de mi condición de hijo o hija de Dios? Puedo también contar la sensación que me dejó en el corazón.

2. Hechos de vida en los que ser consciente de que soy un hijo de Dios y, por lo tanto, ser consciente de la grandeza del don y de la vocación cristiana, me ha ayudado a no faltar a la caridad y a la misericordia con los demás.

3. Ante el prójimo que sufre por su pecado, ¿le he ayudado con mis obras y palabras a confiar en la misericordia del Padre y a que recordara que es un hijo de Dios muy amado por Él, haga lo que haga? ¿Ha brillado mi vida, por mi condición de hijo de Dios y las obras que se desprenden de ello, ante los demás? ¿Han dado gloria al Padre al ver mis actitudes ante las circunstancias de la vida?

4. Cuando uno es consciente de la filiación divina descubre también la grandeza de formar parte de una gran familia de hijos de Dios. Puedo contar alguna situación en la que haya vivido con más intensidad esa fraternidad propia de quienes tienen un mismo Padre.

## **Iluminación desde la fe (juzgar)**

### *A) Sagrada Escritura*

- La parábola del hijo pródigo es el ejemplo perfecto del amor paternal de Dios (Lc 15,11-32). El amor a los enemigos nos distingue como hijos de Dios (Mt 5,44-48); el Padre cuida de nosotros más que de las otras criaturas (Mt 6,25-33); nada nos ocurre que Dios no contemple (Mt 10,28-30).

- El Señor nos habla expresamente de la filiación divina: al enseñarnos el Padrenuestro (Mt 6,9-15); para decirnos cómo debemos actuar (Mt 5,44-48); para ensalzar a los que buscan la paz (Mt 5,9); para mostrarnos quién es nuestro Padre (Mt 23,8-11).

- Jesús considera a Dios como Padre nuestro (Jn 20,17); creer en Jesús nos hace hijos de Dios (Jn 1,12); realmente, somos hijos de Dios (1Jn 3,1-2).

- El Espíritu da testimonio de nuestra condición de hijos de Dios (Rom 8,14-17; 29; Gál 4,6-7; Col 3,9-10); condición que nos da la fe en Jesús (Gál 3,26-28). El Bautismo nos despoja del hombre viejo (Col 3,9-10).

### *B) Magisterio de la Iglesia*

- La filiación como fruto de la Trinidad (CEC 257); Dios es Padre todopoderoso (CEC 270); somos hijos en el Hijo (CEC 422); fruto del misterio pascual (CEC 654); la filiación divina nos hace semejantes a Cristo (CEC 1709) y coherederos con Él (CEC 2009).

- El hombre, llamado a ser hijo de Dios (LG 3; DH 10); miembro de su pueblo (LG 32-33).

- María como madre y como la que ayuda a la generación y educación de los hijos de la Iglesia (RMA 44). Relación entre amor, servicio y libertad que hay en el ser “hijos en el Hijo” (VS 18); cómo debe ser la oración de los hijos de Dios y la caridad que debe desprenderse de ella (SpS 33). Importancia de la Eucaristía para los hijos de Dios (SCa 17).

- El Concilio Vaticano II nos habla también de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo (LG 7); con diversidad de miembros (LG 7; 13); que han de conservar la unidad (LG 32-33; GS 32).

- El papel de los padres a la hora de hacer de sus hijos “hijos de Dios” (LF 43; AL 287-290).

## Compromiso apostólico (actuar)

Como compromiso para este tema, proponemos buscar la fecha de nuestro bautismo para celebrarlo, no solo rezando de forma especial ese día, sino con el verdadero espíritu festivo de quien se siente agradecido por un don tan grande de Alguien tan grande, y sin ningún merecimiento por nuestra parte. También serviría como compromiso, poner los medios para estar a la altura cada día en la caridad cotidiana y en la misericordia que nuestro ser de hijos de Dios nos exige, por ejemplo, con algún miembro de nuestra familia, algún amigo o compañero de trabajo, con quien nos cuesta más tener un trato de comprensión, empatía y misericordia.

Para nuestra formación personal, sería interesante comprometerse a leer o releer la encíclica *Dives in misericordia*, de S. Juan Pablo II. También sería buen compromiso, sacar del olvido a aquellas personas que, por circunstancias personales, han ido alejándose de la Iglesia y cuya relación con nosotros se ha enfriado, para poder hacerles llegar la alegría de la misericordia de Dios también en sus situaciones delicadas.

Como compromiso de grupo, proponemos organizar una visita a algún miembro del centro o de la parroquia que haya tenido que irse a vivir a una residencia, a otro barrio o esté hospitalizado. Sería buen compromiso también, ofrecernos como grupo al equipo que se ocupa de preparar los bautismos en la parroquia y ayudar en lo que se pueda.